

## La Nación, el Tiempo Histórico y la Modernidad: la historia como síntoma

María Inés Mudrovcic  
Universidad Nacional del Comahue-CONICET

En 1882, comienzo de la década que la mayoría de los historiadores coinciden, aproximadamente, en señalar como el fin del proceso independentista e inicio de la consolidación del estado-nación argentino, Ernest Renan da su famosa conferencia “Qu’est-ce que une nation?” el 11 de marzo en la Sorbonne. Allí dice que dos cosas constituyen una nación: “Una yace en el pasado, otra en el presente. Una es la posesión de un rico legado de memorias; la otra es el consentimiento presente, el deseo de vivir juntos, el deseo de perpetuar el valor de la herencia que uno ha recibido... Tener glorias comunes en el pasado y tener una esperanza común en el presente; haber realizado grandes hazañas juntos, desear realizar todavía más...”<sup>(1)</sup>. La historiografía moderna surge al servicio de esta idea de nación y con el imperativo de construir ese puente del que hablaba Renan, entre un pasado glorioso que “construimos juntos” y un presente deseoso de realizar “juntos” más proezas. En pos de este objetivo, la historia se “profesionaliza”, es decir, a diferencia de ser la actividad que, hasta el siglo XVIII, practicaban retóricos y amateurs, se transforma, durante el XIX, en “disciplina profesional” formada en el ámbito de instituciones universitarias, con asociaciones propias y publicaciones periódicas<sup>(2)</sup>. Más allá de la poca claridad de las bases teóricas que la definían como profesión<sup>(3)</sup>, el dictum de Ranke de “decir lo que realmente ocurrió”<sup>(4)</sup> y el mandato de ir a las fuentes en busca de “hechos” se constituyeron en las reglas metodológicas de una disciplina con pretensión de ciencia “objetiva”. Esta alianza entre los estados-nación y una disciplina histórica “objetiva” que narra sus orígenes y que se pretende despojada de cualquier orientación ideológica se mantiene incólume, hasta, aproximadamente, los 80. A pesar del desafío que el postmodernismo y el giro lingüístico parecían oponer a esta versión cuasi estandarizada de la historia, todavía en los 90 tanto historiadores como filósofos salen en su defensa y lo hacían en

---

<sup>1</sup> . E. Renan, “What is a nation?” en *Nation and Narration*, edited by Homi K. Bhabha, Routledge, London and New Cork, 2000, p.19.

<sup>2</sup> . Cfr. H. White, *Metahistoria. La imaginación histórica en la Europa del siglo XIX*, FCE, Buenos Aires, 1998, p. 139, P. Novick, *Ese noble sueño. La objetividad y la historia profesional norteamericana*, Instituto Mora, México, 1997, págs. 65-79; M. Bentley, *Modern Historiography. An Introduction*, Routledge, London and New Cork, 1999, págs. 71-80

<sup>3</sup> . H. White, *op.cit.*, p. 140; M. Bentley, *op.cit.*, 73

<sup>4</sup> . M. Bentley, *op. cit.*, pág. 39

términos de “referencialidad”, “objetividad”, “fuentes” y “hechos” (<sup>5</sup>). Un ejemplo paradigmático de esta unión entre “ciencia objetiva” e historia nacional se refleja en la Introducción que Fernand Braudel escribiera en 1986 a su libro *La identidad de Francia*, allí dice: “Déjenme comenzar diciendo, de una vez y para siempre, que yo amo a Francia con la misma pasión demandante y complicada de Jules Michelet... Pero esa pasión raramente se entrometerá en las páginas de este libro..... Porque yo voy a hablar de Francia como si fuese otro país, otra patria, otra nación...” (<sup>6</sup>), para agregar más adelante :”definir el pasado de Francia es colocar al pueblo francés dentro de su propia existencia” (<sup>7</sup>).

Sin embargo, a fines del siglo pasado y a principios de éste, algunos historiadores, por lo menos aquellos más próximos a la teoría, comienzan a cuestionar, de una forma radical, las bases propias de la práctica historiográfica. En 1992, el historiador Friedlander publica *Probing the Limits of Representation. Nazism and the Final Solution. Nazism and the “final Solution”* (<sup>8</sup>), un libro que comprende 19 trabajos, la mitad de los cuales está escrito por historiadores que ponen en duda la posibilidad de representar acontecimientos límites a través de medios *standard* de su propia disciplina. Otro ejemplo de ello lo encontramos en la entrada “histoire” del *Dictionnaire des Sciences Humaines* (<sup>9</sup>) publicado en Paris en 2006 que da cuenta de las tensiones del “momento historiográfico” presente en términos de “una crisis de identidad”, un “tiempo de incertidumbres”, “una anarquía epistemológica”, una “obsesión memorial”. Otro ejemplo: en 2007 se publica *Manifestos for History* cuyos editores, luego de diagnosticar que “la historia se tambalea” y “que ha perdido su rumbo”, expresan su convencimiento de que hay que legislar sobre lo que deberá ser la disciplina en el futuro, dado que vivimos “en una sociedad donde las reglas del juego han cambiado” (<sup>10</sup>). Otro ejemplo: con el boom memorial muchos declaran al pasado incognoscible e irrepresentable. El pasado perdería su cualidad de pasado y colapsaría con el presente,

---

<sup>5</sup> , R. Evans, *In Defense of History*, Gretna Books, London, 1997; A. Spitzer, *Historical Truth and Lies about the Past* University of North Carolina Press, USA, 1996; K. Windschittle, *The Killing of History. How Literary Critics and social theorists are murdering our past*, The Free Press, New York, 1996; P. Novick, *op. cit.*, etc.

<sup>6</sup> . F. Braudel, *The Identity of France*, Harper and Row, New York, 1990, p. 15.

<sup>7</sup> . F. Braudel, *op.cit.*, p. 17.

<sup>8</sup> . R. Friedlander, *Probing the Limits of Representation. Nazism and the “Final Solution”*, Harvard University Press, Cambridge, Massachusetts, London, England, 1992.

<sup>9</sup> . *Dictionnaire des Sciences Humaines*, PUF, Paris, 2006, págs. 532-533

<sup>10</sup> . K. Jenkins, S. Morgan, A. Munslow (ed), *Manifestos for History*, Routledge, New York, 2007, p. 223.

se transformaría en un pasado presente, en un pasado que no pasa extendiéndose en el presente. Durante este año un grupo de destacados historiadores convocan a un workshop a realizarse en el Instituto de Friburgo en mayo de 2011 para discutir, como foco principal, “cómo las culturas en general y los historiadores, en particular, distinguen “el pasado”, del “presente” y del “futuro”. La reunión tiene como título (muy sugerente) “Disolver al tiempo. Estableciendo las fronteras entre el presente, el pasado y el futuro”. Para terminar, y para señalar un último ejemplo, se acaba de realizar en Buenos Aires un Coloquio titulado “Los usos del pasado” (<sup>11</sup>) tema que era impensable hace varios años atrás: el pasado estaba destinado a fines más elevados, no se lo usaba, a menos como ejemplo, se lo conocía críticamente o se lo conmemoraba gloriosamente.

Esta revisión por parte de la historia de sus propios presupuestos constituye, a mi entender y en primer lugar, un síntoma de la crisis del proyecto político que le dio nacimiento: el estado-nación, novedad que instaaura la modernidad a partir del cambio de legitimidad que impone la nueva relación que se establece entre religión y política luego de que se le cortara la cabeza al rey (para decirlo metafóricamente). Desde entonces, la legitimación de la cabeza política del estado no pasará por la Iglesia sino por ciudadanos con un único credo en común: el pertenecer a una nación. La crisis del “estado-nación” sería, a mi entender, una de las varias razones del cuestionamiento sobre qué debe entenderse por historia. Rota la idea de nación y su alianza política con el “estado”, los historiadores buscan, a mi entender erróneamente, un nuevo rumbo. De allí el “fracaso” de tramar el bicentenario como una historia que dé cuenta de cómo llegamos hasta aquí (no somos el resultado del futuro lineal y progresista de los que festejaban el Centenario). En palabras del historiador argentino Luis Alberto Romero: “Ubicados en el Bicentenario, es difícil trazar un balance único. En el siglo hubo dos Argentinas diferentes” (<sup>12</sup>).

En segundo lugar, y en lo que constituye la segunda parte de mi argumento, la pregunta de los historiadores acerca de qué deben hacer con la historia o, lo que es lo mismo,

---

<sup>11</sup> . Universidad Tres de Febrero con la colaboración de la Embajada de Francia en Argentina, octubre de 2010.

<sup>12</sup> . *Revista Ñ*, Buenos Aires, 24/04/2010, pg 10.

¿cómo debe ser escrita la historia del futuro? <sup>(13)</sup> tendría que ver con un aspecto del campo histórico que desocultaron las “grandes catástrofes” del siglo XX y el “memory boom” que trajeron aparejado, lo que llevó a que ciertos historiadores y teóricos hablasen, entre otras cuestiones, de un nuevo régimen de temporalidad, de un pasado “radicalmente incognoscible” y de su consiguiente irrepresentabilidad histórica.

La respuesta que intentaré desarrollar en este trabajo es la siguiente: la estrecha relación entre historia, política y tiempo que estableció la modernidad temprana fue la condición de posibilidad de la profesión histórica: deshecha esa relación, la historia debe repensarse desde sus propias bases.

Que la historia moderna es la historia del estado y, por lo tanto, de gran valor para el político queda expresada en el siguiente párrafo de Ranke:

“...y, así, es la finalidad de la escritura histórica dar a luz la esencia del estado a partir de lo ocurrido en el pasado y darlo a conocer; es, sin embargo, la finalidad del político hacer en el futuro y perfeccionar lo que el historiador ha mostrado que ha sido el caso en el pasado...” <sup>(14)</sup>.

Los nacientes “estados-nación” necesitaban de un pasado, de un origen, de una inscripción en la memoria que legitimen su encarnación en un espacio, en instituciones políticas, religiosas y militares, en fin, de un pasado al que puedan apelar y cuyas referencias identitarias constituyan los hitos temporales que deben conmemorarse. Antes de las Revoluciones Americana y Francesa, la memoria tendía más a separar que a unir. Sólo la aristocracia, la iglesia y la monarquía poseían algo así como una memoria “institucionalizada”. Fuera de las elites, que eran las destinatarias de los archivos, las genealogías y las conmemoraciones, la gente común sentía el pasado como parte de su presente, sin la necesidad urgente de recuperarlo, archivarlo. Esto comienza a cambiar a fines del siglo XVIII, pues los nacientes estados-nación necesitaron que, personas que nunca se habían visto ni había compartido cosas comunes, se considerasen a sí mismas

---

<sup>13</sup> . Acaba de aparecer un libro titulado *The Future of History* escrito por Alun Muslow, historiador británico, (Routledge, 2010), y el Theme Issue 49 de la *History and Theory* 2010 tiene como tema: History and Theory: The Next Fifty Years.

<sup>14</sup> . L. von Ranke, *De historia et polices cognatione atque discrimine oratio*, in *idem, Sämtliche Werke: Band 24* (Leipzig: Dunker and Humbolt, 1872) citado por F. Ankersmit en “Manifiesto for analytical political history”, en *Manifestos for History*, p. 183.

como teniendo una “historia en común” (15). Una vez que los historiadores hacen su trabajo, transformando al pasado en pasado histórico, en herencia compartida, sólo entonces, éste puede ser conocido, celebrado, conmemorado, para asegurarse, de este modo, una identidad nacional que se proyecta a un futuro que el político augura como mejor. La historia como profesión “científica” es puesta al servicio de la formación de ciudadanos. Era la época de las fundantes historias nacionales, la de Mitre en nuestro país, la de Michelet en Francia o la de Alamán en México (16).

En la actualidad, si uno recorre el panorama de los estudios históricos pareciera encontrarse ante una disciplina “aparentemente” floreciente, con una pluralidad de marcos teóricos, recortes temáticos y propuestas metodológicas. Disciplina en la que prosperan, a diferencia del monopolio ejercido por las historiografías nacionales, una pluralidad de perspectivas “aparentemente” novedosas: la historia del presente, la de las mujeres, la de “los de abajo”, las de las personas de color, la de los inmigrantes y la de cualquier otro grupo que reclame su “propio lugar en la historia”, la “microhistoria”, la historia global, la historia intelectual, la “nueva” historia política, la historia económica, etc. Al decir de François Dosse, la historia ha estallado en migajas. Pero entonces, frente a este, “aparentemente”, próspero paisaje, la pregunta que nace es ¿por qué justo ahora los historiadores necesitan revisar o reformular o cuestionar el “aparato” convencional de su disciplina?. (17)

En 1982 H. White publica un artículo en el que plantea la siguiente pregunta: ¿Qué hace que un campo de estudios, en nuestro caso, la historia, sea transformado en una disciplina con pretensiones de científicidad, en un momento en que (siglo XIX), las ciencias físico matemáticas, eran el paradigma de la ciencia? La respuesta de White se articula en dos fases. En primer lugar intenta dar cuenta de por qué se sintió la necesidad de transformar a la historia en disciplina científica y qué involucraba esto y,

---

<sup>15</sup> . J. Gillis “Introduction. Memory and Identity: the History of a Relationship” en J. Gillis (ed), *Commemorations. The Politics of National Identity*, Princeton University Press, 1994, págs. 6-7.

<sup>16</sup> . E. Palti, *La nación como problema. Los historiadores y la “cuestión nacional”*, FCE, Buenos Aires, 2003, p. 139.

<sup>17</sup> . El mismo cuadro señala C. Altamirano, al señalar la dispersión teórica y la pluralización de los criterios para recortar los objetos, *Para un programa de Historia Intelectual y otros ensayos*, Siglo XXI, Buenos Aires, 2005, p. 13

en segundo lugar, qué pasos se siguieron para lograrlo (<sup>18</sup>). Para White, la función social que la historia cumplió a los fines políticos de la constitución de los estados-nación, está fuera de discusión. El punto es ¿por qué había que transformar a la historia en ciencia? La respuesta de White es simple: la historia debía convertirse en el baluarte del “realismo” y en la disciplina que determinara qué debía contar como “hecho” en la historia, para asegurar así un relato objetivo y verídico del pasado frente a las filosofías de la historia que, abiertamente ideológicas, autorizaban diferentes programas políticos. Si bien la historia servía a objetivos políticos, era “usada” políticamente, en tanto legitimación del origen de los estados, estos fines quedaban velados cuando la disciplina se afirmaba como una ciencia objetiva que debía enseñarse en universidades. Ahora bien, ¿y cómo se lo consiguió? Para ello era importante prescribir lo que la historia no podía ser. Si la historia iba a transformarse en algo científico había que, en primer lugar, des-retorizarla, y en segundo lugar, transformar al pasado en un objeto a conocer y para lograrlo, había que suprimir lo sublime de la historia. Para White, la historiografía moderna con pretensiones de objetividad y veracidad, se construye sobre estos dos pilares.

Hasta el siglo XVIII, la historia era una de las “belles lettres”, pertenecía a una rama de la retórica. Debía escribirse con estilo porque era un repositorio de enseñanzas morales y lecciones ejemplares. Hasta esa época estuvo vigente el dictum ciceroniano de la historia como *magistra vitae* (<sup>19</sup>). Dado que tenía ese fin, la historia era abiertamente política puesto que cualquier monarca, por tomar un ejemplo, podía acudir a ella para justificar sus decisiones. Por lo tanto, para profesionalizarse debía abandonar esta concepción que la entendía como práctica retórica. En el segundo punto, transformar el pasado en un objeto de conocimiento, White da una interesante respuesta: había que suprimir lo sublime de la historia. Si el pasado era considerado tal como lo habían visto Kant, Hegel o Schiller, a la manera de un gran panorama de crímenes y miserias en el que las más nobles naciones desaparecieron, esto mismo anularía toda capacidad para conocerlo y transmitirlo como gesta heroica. Si se supone que el historiador tiene la capacidad empática de recrear el pasado, éste mismo no puede ser ni tan terrorífico ni tan terrible de manera tal que anule esta presunta capacidad. Lo sublime del espectáculo

---

<sup>18</sup> . Cfr. H. White, “The political of historical interpretation” en *The Content of the Form. Narrative Discourse and Historical Representation*, The Johns Hopkins University Press, Baltimore and London, 1987, p. 59.

<sup>19</sup> . Cfr. M. I. Mudrovic, *Voltaire, el Iluminismo y la Historia*, Fundec, Buenos Aires, 1996.

histórico, tan claramente expresado por Schiller, debía ser transformado en “bello”. Sólo un espectáculo bello puede ser comprendido, aprehendido y ordenado en sus diferentes épocas y eventos. Aún los acontecimientos más alejados de nuestra concepción de vida, tienen sentido de una forma u otra. Lo Sublime paraliza, lo bello se deja escribir, transmitir y enseñar. El pasado puede ser estudiado científicamente cuando el terror que producen las grandes masacres puede ser domesticado. Sólo así la historiografía moderna, al servicio del estado-nación, puede florecer.

Sin embargo esta situación cambia, radicalmente, a partir de los 80 y se agudiza a principios de este siglo. Dos son las razones que, a mi entender, conducen a esta percepción de que la historia ha entrado en una suerte de “crisis”. La primera, según ya señalara, tiene que ver con un orden político: frente al estado moderno postrevolucionario en el que la idea de nación cumplía una función unificadora muy importante a la hora de legitimar y aglutinar el orden social, nos encontramos ahora con estados fragmentados ya sea por minorías sociales o por minorías étnicas que socavan el concepto mismo de una cultura común asentada en un territorio común sobre bases nacionales. Puesta en cuestión la idea de una nación culturalmente homogénea, la historia pierde la función política de legitimarla. La segunda razón está relacionada con la cuestión temporal mencionada anteriormente: las grandes catástrofes del siglo XX, nacidas al abrigo de los estados-nación modernos, ya sea como terrorismos de estado ya sea como fascismos, contribuyeron a que el pasado parezca haber perdido su cualidad de pasado y, entrecruzándose con el presente, se transforme en memoria. El tiempo histórico, unidimensional y tripartito (pasado, presente y futuro), se desintegra en múltiples estratos en el que las dimensiones temporales se mezclan (se ha transformado en lugar común hablar de “presentismo”, “pasado presente”, “presente extendido”). Asimismo, estas catástrofes se transformaron en ocasión para que reaparezca, en varios autores, un discurso sobre lo sublime pero despojado, ahora, de la connotación moral que tenía en los modernos. Caracterizar a estos acontecimientos límites como sublimes habilitaría para declarar al pasado histórico incognoscible y, por lo mismo, irrepresentable.

Los dos ejes sobre los que se construyó la historia como profesión se trastocan: la nación como fusión del Estado se pulveriza y lo sublime histórico reaparece.

Pasemos al primer punto. En efecto, la nación en tanto idea de homogeneidad cultural y comunidad entre ciudadanos, cuya mayoría legitima el poder de los gobernantes de un estado que ha devenido en democrático, conjuntamente con las narrativas que elaboran el “pasado nacional” que fundan su origen entran en crisis alrededor de los años 80. Y entran en crisis porque la aparente amalgama entre nación y estado, de un lado, y entre nación como sujeto político y elección democrática como técnica de decisión en las llamadas transiciones a la democracia, de otro, <sup>(20)</sup> muestran su inherente fisura.

La nación surge al amparo de los Estados modernos que necesitaban una forma diferente de legitimación del tradicional Estado teocrático o dinástico. La opción parecía clara: el pueblo o el papa. Sin embargo, con el correr de los tiempos la noble noción de “Pueblo” o “Nación” <sup>(21)</sup> se fue erosionando. Primero, porque, lentamente, se fue trastocando en la del “reino de las masas”, cuyo voto clientelar y partisano sólo valida un modo de designación de gobernantes. La mayoría ya no lo es más de una Nación homogénea sino la expresión numérica de las minorías que componen la totalidad social <sup>(22)</sup>. Segundo, la Nación o Pueblo deja de decirse en singular. Ahora son pueblos y naciones que demandan al Estado, por ejemplo, sus tierras originarias, como sucede actualmente en algunos estados de Latinoamérica o, directamente, la secesión, como en varios estados europeos. Tercero, a esta crisis de la “nación uniforme” contribuye también la nueva relación que establecen los estados con los inmigrantes a raíz de la emigración en masa: “La integración había sido un ideal aceptable para los antiguos inmigrantes que encontraron en la noción de ciudadanía un artificio que permitía la mediación entre sus culturas de origen y la del Estado-Nación democrático, fundado en los derechos civiles y humanos” <sup>(23)</sup>. La nueva noción de inmigrantes diferente de la que se asimilaban como ciudadanos a la nación es lo que expresa claramente en una entrevista E. Hobsbawm: “Un polaco que viene ahora al Reino Unido no se supone que sea otra cosa que un polaco que viene a trabajar. Esto es, desde luego, nuevo y completamente diferente de la experiencia, por ejemplo, de la gente de mi generación ... en la que tu familia era británica, pero culturalmente uno nunca dejaba de ser austríaco o alemán, y, sin embargo, a pesar de todo, uno pensaba que debía ser

---

<sup>20</sup> . P. Rosanvallon, *La légitimité démocratique. Impartialité, réflexivité, proximité*, Editions du Seuil, Paris, 2008, p. 10.

<sup>21</sup> . *Ibidem*

<sup>22</sup> . P. Rosanvallon, op.cit., p. 14

<sup>23</sup> . J. Fernández Vega, “La retórica de la tolerancia” en *Revista Ñ*, 28/08/2010, p.34



inglés” (24). El emigrante contemporáneo ya no rompe los lazos con el pasado hasta el mismo punto que antes.

En consecuencia, la idea de Nación culturalmente homogénea explota en fragmentos en el que las divisiones sociales y étnicas obligan al Estado a pacificar un espacio público cada vez más conflictivo. Esta situación actual incomoda porque deja al descubierto la esencial contingencia política de la alianza entre la Nación y el Estado que la historia nacional había, arduamente, contribuido ocultar. (25)

Veamos, ahora, el segundo punto. El pasado glorioso de las grandes hazañas que Renán señalaba en 1882 como condición para la constitución de una nación, estaba muy lejos de ese pasado que Schiller concibió como un espectáculo de confusión, incertidumbre y de anarquía moral y Hegel como un panorama de pecados y sufrimientos. El sentimiento de terror que la modernidad temprana descubrió en la historia tuvo que ser ocultado para que el pasado se volviese comprensible y pueda ser aprehendido en una narrativa con sentido. En términos de White, “Los hechos históricos son domesticados políticamente precisamente en la medida en que se los despoja de cualquier rasgo de lo sublime que Schiller les atribuyó en su ensayo de 1801” (26). La realidad histórica que debía transformarse en objeto de la historia puesta al servicio de la construcción de un pasado nacional, no podía concebirse como un espectáculo de crímenes, supersticiones y errores. La realidad histórica que presupone la historia como disciplina objetiva debe ser ciega a lo sublime histórico, tal como lo vieron Kant, Hegel o Schiller. Los “Padres de la Patria”, “las gestas heroicas” y “los pueblos luchando en pos de un ideal” cumplieron la misión de clausurar la posibilidad de que la historia sea vista como el banco del carnicero sobre el que han sucumbido las más grandes civilizaciones, al decir de Hegel. Es decir, si la historia nacional presupone un tiempo lineal y progresista, pero dicho “progreso” ya no podía ser alcanzado como la realización de la Historia Universal a costa del sufrimiento de los hombres, sino como resultado de las acciones concretas de hombres y mujeres que intervienen en el espacio público para realizar los ideales de aquellos grandes hombres que fundaron “esta gran Nación” en el pasado. La conciencia histórica moderna se constituye a partir de esta ruptura radical con ese

---

<sup>24</sup> . Entrevista a E. Hobsbawm reproducida por Clarín, 28/05/2010.

<sup>25</sup> . Cfr. E.Palti, *op. cit.*

<sup>26</sup> . H. White, *The Content of the Form*, p. 71

pasado. El “tiempo nuevo” que pretende inaugurar, no puede tomar ya, su orientación del pasado; éste ya no puede ser percibido como ejemplar, sino como punto de partida hacia un futuro mejor. Una época orientada hacia el futuro, necesita de un nuevo pasado. A fines del siglo XIX, las historias nacionales estaban más o menos acomodadas sobre un pasado glorioso que merecía ser conmemorado y celebrado (bajo ese espíritu se realizan los festejos del Centenario). Lo sublime de la historia parecía haber sido desterrado.

Más de 200 años después, en 2007, la historiadora inglesa Joana Bourke escribe: “Placer y pasión, ética y compromiso, están en el corazón de la empresa histórica, permitiendo que estos ensayos celebren lo sublime histórico, con su implacable búsqueda por el sentido en medio de un pasado radicalmente incognoscible y sus anhelos... a pesar de reconocer la irrepresentabilidad de la historia” (27). ¿A qué precio puede un historiador/a declarar al pasado incognoscible e irrepresentable si no es destruyendo las bases mismas de su propia disciplina? Un intento de diagnóstico. A mi entender, acontecimientos tales como Hiroshima, Nagasaki, el Holocausto o los regímenes terroristas latinoamericanos dieron ocasión para retomar lo que Schiller, a principios del XIX, había denominado “la anarquía moral de la historia” y que, en el siglo XX, White llama “terror”, Ankersmit, “experiencia sublime” o LaCapra “lo sublime negativo”. En lo que Amy Elias (28) ha bautizado como “el culto de lo sublime histórico” existe el profundo convencimiento, en algunos autores, de que lo real humano ha mostrado una dimensión que está más allá de todo conocimiento y representación histórica o, al menos, que lo que Hanna Arendt ha llamado “la condición humana” ha cambiado fundamentalmente. No somos lo que en algún momento nos habían enseñado que éramos. ¿Qué ha sucedido? Estos acontecimientos que irrumpieron al abrigo de los triunfantes estados-nación cerraron cualquier posibilidad de poder ser transformados, con el transcurrir del tiempo, en un pasado heroico que una narrativa nacional pudiese glorificar. Pusieron de manifiesto la dificultad de imponer sentido a una historia que aparentemente carece de él. Hicieron imposible disociar el pasado con el presente, imponer una “distancia objetiva” que convirtiera a lo ocurrido en hechos manejables. Su constante presencia en el ámbito público y en el discurso político lo transformó en un “pasado presente”, “un pasado que no pasa” o un “presente extendido” del que la

---

<sup>27</sup> . J. Bourke, Foreword, en *Manifiestos*, p. XI

<sup>28</sup> . D. Harlan, “Historical Fiction and Academic History” en *Manifiestos*, p. 115

“historia del presente” intenta ser su manifestación discursiva. Este nuevo régimen de historicidad, que Hartog denomina presentismo, invierte los órdenes del tiempo moderno (<sup>29</sup>).

Instalados ya en el siglo XXI, la historia se enfrenta a un panorama completamente diferente: sin LA Nación, sin EL pasado. El estado-nación que amparó su función política de legitimación y el tiempo lineal, homogéneo y unidireccional cuyo pasado como “lo otro” la modernidad instauro como condición de posibilidad para que pudiese trazar su desarrollo evolutivo. La multiplicidad de pueblos y naciones que coexisten junto a otras minorías sociales en los estados contemporáneos superponen, en el espacio público, temporalidades diferentes que se resisten a encuadrarse en “centenios”. De allí la constante presencia de los “otros” Bicentenarios en los márgenes de las conmemoraciones oficiales (<sup>30</sup>).

Llegada a este punto quisiera resumir los tres núcleos de problemas que, aproximadamente, desde los 80, están siendo expuestos a una reevaluación crítica, dejando de ser auto-evidentes y que a mi entender son índices de un “clima de época” que la historia expone o expresa como disciplina:

1) El estado-nación de ser el sujeto del que la historia trazaba su evolución creando así un “pasado nacional” se desnaturaliza. La nación pierde su certeza ontológica y se transforma en unidad de análisis de la propia historia cuyos diferentes sentidos quedan expuestos en discursos que se historizan.

2) El tiempo histórico que Braudel describiera como una pareja diabólica e inseparable entre pasado y presente a la que se debía agregar el Futuro (<sup>31</sup>) pierde su estatuto no cuestionado que hacía posible la práctica histórica. De un lado, el “memory boon” dio lugar a una reconsideración de un pasado separado como “lo otro” del presente generando una pluralidad de conceptos que intentan una lectura diferente de este “nuevo orden de los tiempos”: “pasado presente”, “presentismo”, “presente extendido”. De

---

<sup>29</sup> . F. Hartog, *Régimes d'historicité. Présentisme et expériences du temps*, Editions du Seuil, Paris, 2003

<sup>30</sup> Me refiero a la huelga de hambre que realizaron representantes del pueblo mapuche durante la Conmemoración del Bicentenario chileno o a la marcha de los pueblos originarios a la Plaza de Mayo un día antes de la Conmemoración en Argentina

<sup>31</sup> . F. Braudel, *op. cit.*, p. 27

otro, el tiempo histórico ha corrido la misma suerte que la nación en manos de la historia intelectual. A partir del análisis del debate en relación con la “modernidad” y la “posmodernidad” y el llamado “tiempo de la modernidad”, el concepto de tiempo histórico como lineal e irreversible es puesto en cuestión transformándose también en una categoría de análisis histórico que es determinada de acuerdo a las reglas del juego de las diferentes disciplinas que lo suponen.

3) Por último, la simple constatación de que algunos historiadores se están preguntando actualmente: ¿cómo se debe escribir la historia del futuro? ¿Qué debe escribirse? ¿Qué debe entenderse por tiempo histórico? Curiosamente, cuando intentan dar alguna pista que pueda delimitar un cierto número de problemas y una determinada forma de abordarlos, muchos lo hacen en términos de manifiesto. Para los compiladores del libro *Modern European Intellectual History* (<sup>32</sup>) publicado en 1982, que abrió con el trabajo del profesor Chartier el texto tenía carácter de manifiesto porque “desplegaba un conjunto de problemas y de preocupaciones comunes que intentaban ampliar tanto cuestiones de método como de aproximaciones teóricas”. Más de 20 años después, otro libro asume explícitamente dicho carácter en su título *Manifestos for history*. H. White, Mark Poster y D. LaCapra comparten ambos volúmenes. Tal como señala White, el manifiesto es un género radical que presupone un tiempo de crisis. El tiempo del manifiesto es el presente. Las preguntas que me surgen son ¿tiene algún sentido manifestar lo que una disciplina debe ser? ¿Cómo síntoma de qué, deben ser leídos todos estos propósitos normativos de lo que la historia debe ser en el futuro? Lejos están los tiempos de Mitre para el que “uno de los grandes bienes que produce el estudio de la historia es dar fundamento... a la admiración de los héroes del pasado” (<sup>33</sup>). La historia ha perdido el noble monopolio de aspirar a “educar al pueblo con las lecciones del pasado”.

Los tiempos han cambiado, pero no sólo en lo que compete a las reglas de juego que nos toca vivir sino, fundamentalmente, en la creciente conciencia de la radical contingencia, de la historicidad irreductible de todas las cosas. La Nación, el Tiempo Histórico y la Modernidad han perdido su validez intemporal, ya no son más “objetos

---

<sup>32</sup> . D. LaCapra y S. Kaplan, *Modern European Intellectual History*, Cornell University Press, Ithaca and London, 1982.

<sup>33</sup> . B. Mitre, *La historia de Belgrano y de la independencia Argentina*, Estrada, Buenos Aires, 1947, Prefacio, p. 13

naturales”, su significado cambia al compás de las diferentes épocas. Del mismo modo debería ocurrir con el régimen de conocimiento que intenta identificarlos a partir de cada uno de los presentes que fueron su condición de posibilidad. De un lado, intentar que la historia trate al presente como al pasado, es decir, tratar al presente históricamente y, por lo mismo, pensarse a sí misma temporalmente, es decir, no caer en la trampa de que como campo de discurso está constituida con las categorías y límites que alguna vez la definieron.

En un texto publicado en 1979 Paul Veyne escribió: “En este mundo no jugamos ajedrez con figuras eternas como el rey o el peón: las figuras son lo que las sucesivas configuraciones que tienen en el tablero hacen de ellas”<sup>(34)</sup>. Casi 30 años después creo que lo que se ha transformado en un desafío es el propio tablero si aplicamos, consecuentemente, el imperativo de Jameson “Siempre historizar!”<sup>(35)</sup> a la práctica histórica misma.

---

<sup>34</sup> . P. Veyne, “Foucault révolutionne l’histoire” en *Comment on écrit l’histoire suivi de Foucault révolutionne l’histoire* (Paris, 1978, 236) citado por Chartier, *Modern Intellectual History*, p. 43.

<sup>35</sup> . F. Jameson, *The Political Unconscious, Narrative as a Socially Symbolic Act* (Ithaca Cornell University Press, 1980, p.2) citado por White en *Manifestos* p. 225.